construcciones, y la mayoría de una belleza exquisita. Por término medio, había en cada condado a lo menos veinte lugares como éste; y en este gran condado existía un número doble de establecimientos, tan grandes y magníficos, y tan bellos como vuestros Belvoir, Chatsworth, Wentworth y Stowe. Imaginaos el efecto de treinta o cuarenta Chatsworths en este condado, con un propietario que jamás se ausentaría de ellos. Hoy la queja por ausencia es harto frecuente. Los monjes jamás dejaban de residir en sus monasterios. Gastaban sus rentas entre aquellos cuya laboriosidad las habían producido. Esos hombres santos construían también, plantaban, como de hecho hicieron en todas las otras partes, para la posteridad; sus iglesias eran catedrales; sus escuelas colegios, sus salones y bibliotecas eran asilo de la cultura de los reinos; sus bosques y ríos, sus haciendas y jardines se extendían y estaban dispuestos con arreglo a un espíritu que se ha extinguido; embellecían la tierra y hacían que el pueblo se sintiera orgulloso de ella.

-Y si los monjes fueron tan grandes benefactores públicos, ¿porqué el pueblo no acudió en su ayuda?

-Lo hicieron, mas fue demasiado tarde. Lucharon durante un siglo, pero combatían contra la propiedad y fueron derrotados. Mientras existieron los monjes, el pueblo, cuando era vejado, tenía a la propiedad de su parte. Ahora todo esto se acabó -dijo el forastero-; ahora llegan viajeros y miran con desdén a estas ruinas y se creen bastante sabios para moralizar sobre los tiempos. Estas ruinas son hijas de la violencia, no del tiempo. Es la guerra quien las formó, la guerra civil, las más inhumana de todas nuestras guerras civiles, porque se hizo contra hombres que no oponían resistencia. Los monasterios fueron tomados por la tormenta, saqueados, destrozados, abatidos con instrumentos bélicos, demoronados por la pólvora; todavía puede usted ver las señales del fuego aquí, en la torre nueva. Jamás se vio semejante depredación. El aspecto de todo el país durante un siglo fue el de la tierra acabada de invadir por un enemigo despiadado; fue peor que la conquinsta normanda. E Inglaterra nunca ha perdido este carácter de presa del pillaje. No sé si la reunión de talleres se lo quitará. Por lo menos, laboran en favor del pueblo. Tras una experiencia de tres siglos, con vuestras cárceles llenas y habiendo perdido algo de su virtud los molinos de ruedas, nos habéis dado un sustituto a los monasterios.

-Deploráis la pérdida de la antigua fe -observó Egremont con respeto.

-No considero la cuestión como asunto de fe -replicó el forastero-. No es cosa de religión, sino de derecho, a la que yo me refiero: algo, diría yo, de derecho privado y felicidad pública. Podéis haber cambiado, si lo juzgasteis conveniente, la religión de los abades, lo mismo que cambiasteis la religión de los obispos: pero no habéis tenido derecho para privar a unos hombres de su propiedad, y de una propiedad, además, que, bajo su administración, contribuyó tanto a dar bienestar a la comunidad.

-En cuanto a la comunidad -dijo una voz que no era ni de Egremont ni del forastero-, con los monasterios expiró la única clase auténtica que hemos tenido en Inglaterra. En Inglaterra no hay comunidad; hay agregado, pero un agregado formado bajo circunstancias que lo hacen ser un principio disolvente más que aglutinante.

Era una voz tranquila la que pronunciaba estas palabras, y tenía un carácter peculiar; era un de esas voces que inmediatamente arrebatan la atención: suave, y sin embargo solemne; seria, y a pesar de ellos desapasionada. Con un andar tan suave como su tono, el hombre que había estado hincado al lado de la tumba, llegó junto a su compañero y a Egremont sin que éstos se dieran cuenta. Apenas era de estatura mediana; su figura flaca, pero bien proporcionada; tenía el rostro pálido, ligeramente marcado por la viruela, y se libraba de la fealdad absoluta por su frente sumamente intelectual y por los grandes ojos oscuros, que indicaban una pronfunda sensibilidad y una gran rapidez de comprensión. Aunque joven, estaba ya un poco calvo; vestía todo de negro; la limpieza de su traje, la pulcritud de su barba, sus guantes muy raídos, pero cuidadosamente remendados, indicaban que sus marchitas prendas eran más el resultado de la necesidad que de la negligencia.

-Usted también se lamenta de la destrucción de estas instituciones- dijo Egremont.

-Hay tanto que lamentar en el mundo en que vivimos -contestó el más joven de los forasteros-, que no puedo derrochar lamentos por el pasado.

-Sin embargo, usted aprueba el principio de la sociedad de aquéllos; usted la prefiere, según dice, a la vida actual.

-Sí; prefiero la asociación a la grey.

-He ahí una distinción -comentó Egremont meditabundo.

-Es la comunidad de propósito la que constituye una sociedad -prosiguió el forastero más joven-; sin ella, los hombres pueden agruparse en contigüedad, pero de hecho siguen aislados.

-¿Y es ésta su condición en las ciudades?

-Es su condición dondequiera; pero en las ciudades está agravada. La densidad de población impone una lucha más acerba por la vida, y en consecuencia una repulsión de los elementos que han sido puestos en tan estrecho contacto. En las grandes ciudades los hombres se juntan por el común deseo de ganar. No existe entre ellos el estado de cooperación, sino de aislamiento, en lo que se refiere a la acumulación de fortunas; en cuanto a lo demás, no se preocupan de sus vecinos. El cristianismo nos enseña a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos; la sociedad moderna no reconoce a ningún prójimo.

-Cierto; vivimos en tiempos extraños -hizo notar Egremont impresionando por la observación de su compañero y desahogando su espíritud perplejo con una exclamación ordinaria, delatora muchas veces de que la mente está más conturbada de lo que se cree, o de lo que puede expresar por el momento.

-Cuando el niño empieza a andar, cree también que vive en una época extraña -añadió su compañero.

-¿Qué deduce usted de eso? -preguntó Egremont.

-Que la sociedad aún vive en su infancia y está empezando a sentirse segura.

-Es que entra en un nuevo reino -comentó Egremont-, acaso en una nueva era.

-Así lo creo -dijo el más joven de los forasteros.

-Y yo lo espero así -contestó el más viejo.

-Muy bien; la sociedad puede estar en su infancia -notó Egremont, sonriendo ligeramente-; pero, diga usted lo que quiera, nuestra reina gobierna a la nación más grande que jamás ha existido.

-¿Qué nación? -preguntó el joven desconocido- Porque reina sobre dos naciones.

El forastero se detuvo; Egremont quedó callado, pero miraba

en son de pregunta.

-Sí -resumió el joven forastero, tras un momento de silencio-. Dos naciones, entre las cuales no hay relación ni simpatía; dos naciones que ignoran los hábitos, los pensamientos y los sentimientos cada una de la otra, tanto como si fueran moradoras de zonas diferentes, o habitantes de distintos planetas; que han nacido de padres diversos y que comen alimento distinto, han sido ordenadas de maneras diferentes y no están gobernadas por las mismas leyes.

-Usted habla de.....-preguntó Egremont vacilante.

-EL RICO Y EL POBRE-...

Las primeras luces del alba se filtraban apenas a través de un cielo nuboso. Por las silenciosas calles de Mowbray soplaba un viento helado del este. Los ruidos de la noche se habían extinguido y las voces diurnas todavía no empezaban a escucharse.

De pronto se oyó una voz; empezó el movimiento. Se percibió el primer paso de una nueva semana de trabajo. Sobre el pavimento apareció un hombre embozado en su ligero abrigo, y llevaba en la mano algo que, a primera vista, parecía el cayado de un pastor, aunque con empuñadura mucho más larga. Toca en varias ventanas según va caminando con rapidez. En cada cristal suena un ruido apresurado. Conforme avanza, se comprende el uso de la larga manilla de su instrumento, que le permite alcanzar las ventanas altas de las viviendas, a cuyos inquilinos tiene que despertar. Dichos inquilinos son las mujeres que trabajan en la fábrica y que se agrupan en distritos con el fin de unirse a aquellos heraldos del alba; y solamente por un estricto cumplimiento de la cita pueden librarse de la temida multa que espera a las que no han llegado a la puerta de la fábrica antes de que la campana deje de sonar.

El centinela en cuestión, saliendo de las calles y deteniéndose en uno de los pequeños pasajes abovedados que hemos señalado antes, entró a un patio. Allí se alojaban muchas de las trabajadoras; y el largo báculo, cual si se tratara de hacer un juego de malabarismo, parecía tocar en todos lados a la vez y en muchas ventanas al mismo tiempo. Llegado al final del patio, y cuando iba a tocar en la ventana del piso superior de la última vivienda, se abrió aquélla y apareció un hombre pálido con triste expresión, que le habló así: